

Me
mo



ria
Memoria



Presentación del capítulo

Fotografía y Memoria.

Pablo Felipe García

Docente Unidad Sociohumanística, ECSAH

“De ahí que cada sociedad pueda
definirse por la epidemia que la amenaza
y por el modo de organizarse frente a ella”

Paul Preciado

La sacralidad suntuaria de la fotografía se manifiesta en su incuestionable comunión con la memoria. Tiempo y memoria retribuidos en la ritualidad efímera de un instante, “Lo que la fotografía reproduce al infinito únicamente ha tenido lugar una sola vez...” (Barthes, 1990, p.31), un momento preciso atrapado en un mas allá del tiempo, en una lejanía tramitada que aspira actualizarse con la mirada o el tacto de un(a) testigo. La fotografía trasmite lo sagrado, y es en lo sagrado que habita la fotografía. Un acontecimiento aurático que envuelve lo enigmático que se esconde dentro de la imagen fotográfica y la circunscribe en una desnudez soberana, donde la ilusión de la imagen-signo se transfiere por el delirio propio de quien la observa o la siente: la fotografía exige la destrucción del tiempo lineal y el advenimiento orgiástico de la singularidad de la memoria. Si la fotografía es la epifanía de lo sagrado, el arte de fotografiar es la consumición barroca de un gasto improductivo, donde la pérdida debe ser lo mas grande posible para que adquiera su verdadero sentido. Fotografiar es producir imágenes sagradas que han sido estéticamente arracadas de la cotidianidad para ser consteladas en un ahora por llegar, un puro afuera que narra el gesto de un presente con la inquietud donataria de transferir una imagen nómada que espera ser atrapada por un alguien que la viva y la sienta. La imagen fotográfica es una práctica política de la cotidianidad, y la nuestra es, en este momento, la realidad cotidiana de la pandemia. En este sentido, el vínculo enactivo de un encierro pandémico que pone límites entre un afuera abismático y un adentro claustrofóbico, permite constatar, por medio del lenguaje performativo de la fotografía, los testimonios y los poblamientos de una memoria colectiva que espera triunfar ante la adversidad y los discursos

neofascistas de una sociedad pandemizada, para lograr así cuestionar no solamente el presente, sino las interpretaciones que se tengan del mismo en el futuro.

Bibliografía:

Barthes, R. (1990). La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía. Paidós: Barcelona, España.

Bataille, G. (1987). La parte maldita. Icaria: Barcelona, España.

Benjamin W. (2014). Breve historia de la fotografía. Casimiro libros: Madrid, España.

Milagros en la pandemia

Alicia Elizabeth Paredes Gavilanes
VISAE, San Juan de Pasto, Nariño - Colombia

Juan, un joven policía matriculado a Ingeniería de sistemas, cumplía con sus deberes académicos con gran entusiasmo y dedicación cuando llegó el COVID19; se paralizaron entonces sus tareas y obligaciones. ¿qué pasó? Escribe a su docente: “Lo siento profe, se me dañó mi computador y no encuentro manera de que me lo reparen, estoy perdido” “nadie me presta uno, todos en la familia lo ocupan con sus hijos escolares en la educación por internet debido a la cuarentena” “Los técnicos no abren sus talleres todo está cerrado, nadie sale, hasta aquí llegue con los estudios”, necesito aplazar el semestre”.

Pero nada de eso pasó, se hicieron muchas sugerencias y se buscó alternativas de solución, se le motivó: “ánimo, no abandones, no pierdas tu dinero, intenta, trata, tú puedes, etc. etc. Hasta que encontró en internet la solución; un aviso que decía “Alquilamos computadores”. Se logró el milagro y vinieron las alegrías para Juan, renovó con más ahínco y entereza sus actividades académicas y va ya a culminar su semestre con excelentes calificaciones.

Alejandra, -una secretaria matriculada en Administración de empresas- se encontraba en una situación muy diferente a la de Juan, nuestro policía; ella arrastraba el peso que implica el rendimiento académico precario... no queda tiempo, tengo mucho trabajo en la oficina, mi pequeño hijo me ocupa todo el tiempo libre, mi esposo...a él no me lo aguanto, rezonga que no le dedico tiempo; que llego a “perder tiempo en el computador”... todo me sale mal, no puedo organizar mi tiempo, duermo mal, me deprimó, lloro mucho, me duele todo...

Llegó la cuarentena por la Pandemia y con ella el milagro bajo el brazo. La orden superior en la oficina: “A trabajar en casa” y medio de la incertidumbre generalizada, sintetizada en un ¿“Qué va a pasar”? Alejandra afirmaba un poco más aliviada “con mucho esfuerzo y dificultad logro organizar mis tiempos de secretaria, mamá, esposa y estudiante. Todo está cambiando, cumplo con las obligaciones de mi oficina virtualmente, cuido a mi hijo, mimo a mi esposo, y he mejorado notablemente con mis tareas universitarias. Todo es mejor. ¿Hasta

cuándo nos durará la pandemia del covid19? ¿Por cuánto tiempo se extenderá para mí el grandioso milagro?.

Mientras tanto, en los medios de comunicación afirman que toda Colombia y el mundo está esperando el gran milagro de que termine el aislamiento, el fin de esta pandemia. Tarea muy difícil, en nuestra región, integrada por zonas donde las recomendaciones de las mínimas prácticas sanitarias, del uso de tapabocas, lavado de manos, no salir a la calle, del cuidado de nuestras personas mayores, de nuestros enfermos crónicos de hipertensión, diabéticos, obesos no se cumplen y por ello cada día incrementan los casos de COVID19. Ojalá este esperado milagro llegue pronto a nuestra querida Colombia, dice la mayoría.

¿Volveremos a ser los mismos seres humanos?

Clemencia del Socorro Álava Viteri
ECBTI, Pasto - Colombia

*En el caos final de la humedad y las noches eternas,
el único vestigio de lo que fue la vida serán las cucarachas.*
Gabriel García Márquez

20 de mayo del año 2020. Día 57, 59 o 60 de aislamiento obligatorio. Ya perdí la cuenta. Lo cierto es que mi vida no es igual. Ayer, cerca de la media noche, o quizá era ya la madrugada - da igual -, me volví a bañar con abundante jabón Rey; porque es el mejor. Así lo dijo el científico, deportista y cantante más reconocido del país, y hasta el Ministro de Salud. Para una mejor asepsia, siguiendo los consejos de las redes sociales, cada vez que toco el control remoto del televisor, mi celular, las teclas del computador, me aplico en abundancia un preparado especial que contiene gotas de cloro, alcohol de 70°, vinagre y jengibre; también tomo té verde y naranja para fortalecer mi sistema inmunológico.

Nuevo día. Hoy tengo pico y cédula. Puedo salir. Tapabocas, guantes, gafas, gorra, gel antibacterial y, ya en la calle, distanciamiento social. Regreso a casa y vuelvo con la rutina de baño con jabón Rey. Y así llevo 57, 59 o 60 días de aislamiento obligatorio... Ya perdí la cuenta.

Nuestra vida está cerca de convertirse en una paranoia. Lo cierto es que la humanidad está en peligro, sea cual fuere su raza o condición y estés donde estés.

Si no queremos que esto vuelva a ocurrir, recordemos que somos apenas una mínima proporción de seres invitados a este gran paraíso que se llama Tierra. No estamos solos. Nuestra convivencia es más sencilla gracias al agua, el mar, los animales, la naturaleza y todos los seres vivientes que aquí habitan. La misión de los seres humanos no es destruirla, pues la evolución de la vida ha tomado millones de millones de años, como para destruirla en unas pocas décadas.

Qué cosas simples hoy extrañamos: volver a vernos, abrazarnos, caminar por un sendero, sentir el afecto, compartir con los amigos, asistir a un aula de clase y compartir la presencia de los estudiantes; en fin, relacionarnos con el otro.

Entra la noche. Soy optimista. Sobreviviremos preguntándonos, como el Principito, “si las estrellas están encendidas, para que cada cual pueda un día encontrar la suya”. Seguramente sí, pero tendremos que ser mejores seres humanos, más solidarios. Y escogeremos como nuestros líderes a quienes destaquen la vida y se ocupen de los que nada o poco tienen, líderes que privilegien el medio ambiente y la educación; porque, si ninguna enseñanza nos queda y seguimos igual, van a coronar en un futuro no muy lejano, a una cucaracha como la mujer más hermosa del universo.

Cuentos de horror, de amor, de ficción y otros más en un mundo pandémico y distópico.

Edwin Manuel Páez Barón
ECAPMA, Tunja (Boyacá) - Colombia

De repente, sin dar lugar a la preparación, sin un espacio de tiempo para analizar, para comprender una nueva realidad, nos encontramos aislados en nuestro hogar, dando inicio así, a una historia con muchos protagonistas, en donde cada actor tiene una versión y una vivencia diferente de su propio cuento.

Para algunos resultó la oportunidad perfecta para encontrarse consigo mismo, para mirarse y conocer, no solo a su “yo” interior, sino también, para conocer a las personas que habitan su entorno, a las que dice familia, con las que compartía algunos momentos en su día a día, escasos en muchos casos, imperfectos en otros, pero que ahora tendría la oportunidad de conocer más a fondo.

Así nacieron muchos cuentos e historias, unas mágicas y llenas de amor, en las que se dice, la cuarentena se volvió el escenario romántico de los novios o esposos para vivir el idilio, el amor, el deseo y la pasión veinticuatro horas al día que se consumían en la vivencia de ese mágico sueño del amor. Otros, menos afortunados, por el contrario, empezaron una historia de horror, una pintura representativa de la injusticia y la desazón humana; las veinticuatro horas del día se consumían tratando de comprender dónde quedó ese ser mágico que los enamoró, entender cómo se transformó en el monstruo capaz de causar dolor físico o moral, ese mismo del cual ya no brotan frases o miradas de amor, sino destellos de furia y desprecio que hieren y se clavan en lo más profundo del alma, causando una lenta agonía que solo la muerte podrá aliviar; son seres que bajo un mismo techo sufren la condena y el castigo que el desamor les impuso, pero que no tienen la valentía de dejar al otro volar.

Para otros parece un cuento de ciencia ficción y policíaco; un enemigo invisible a los ojos ha creado un ambiente de duda que nos ha hecho desconfiar del otro que ahora representa un encuentro potencial con la muerte que desde su boca pueda brotar, convirtiendo el aislamiento en el escudo más poderoso y seguro en esta guerra. Muchos se han convertido en detectives, tratando de seguir el rastro de ese asesino microscópico, otros han tejido diversas teorías y conspiraciones, queriendo justificar su origen como un arma que busca desestabilizar el mundo y volver a renacer con nuevas potencias que tomen ese trono del poder. Quizás no hemos analizado que su origen y a la vez su propia extinción, está en un cambio de hábitos, en la comprensión de que aquello que era normal a nuestros ojos, representaba en realidad el infierno dantesco de los demás seres del planeta.

Y aquí estamos aún, viviendo una historia de suspenso, o tal vez un cuento de horror, vivíamos en un mundo fantástico que nunca supimos valorar, y hoy tan solo anhelamos, que ese enemigo desaparezca tan rápido como llegó, para volver a las calles y retomar esa libertad subvalorada que solíamos vivir. No sabemos cuándo, no sabemos quiénes, no sabemos la nueva realidad, pero algo es seguro: jamás volverán en su misma intensidad los abrazos y besos que solía-

mos brindar, ya que, a partir de ahora, la distancia será nuestra nueva normalidad.

Tres palabras

Elizabeth Salamanca Rodríguez
ECSAH, Duitama (Boyacá) – Colombia

Don Augusto se apoyó en el rústico bastón para recorrer los pasos que lo separaban desde su sillón desfondado hasta la puerta y abrir al mensajero. Este le entregó un sobre, que además de los datos de destinatario y remitente, tenía un sello de devolución a causa de no encontrarse nadie en el domicilio indicado. Era la tercera vez que el sobre volvía a sus manos desde que comenzó el confinamiento general, situación que ya se presentaba reiterativamente hacía dos años, época desde la que -sin éxito- lo enviaba semanalmente a la misma dirección de su pequeño pueblo natal, sumergido entre lejanas y frías montañas.

Lo abrió con cuidado mientras curioseaba desde la ventana el ascenso de la vegetación cercana y la danza de las flores secas, cuyo movimiento era la única señal de desparpajo entre el vasto silencio de la tarde. Tomó la hoja que venía dentro, percibió su propio perfume reflejado en esta, y tras un ligero sollozo la colocó bajo el pisapapeles, lista para reenviar al día siguiente con un rótulo fresco.

Realizaba fielmente este ritual de envío y recepción del sobre cada semana, un protocolar que vinculaba al único mensajero que lo transportaba, y a la solitaria empleada de correos del pueblo quien al recibirlo siempre protestaba: - ¿De nuevo este paquete? ¡Caramba! Por milésima vez, ese señor debería comprender que esa casa sólo la habita el aire. Sin embargo, y pese a la innata pasividad del lugar, la señora continuaba con el reparto y entregaba la encomienda al muchachito que hacía las veces de mandadero, quien diligente llegaba a la casa del destinatario, la cual emergía entre matorrales de lirios y rosas negras, y en donde tras unos cuantos golpecitos en el rugoso portón, nadie atendía a su llamado y nada parecía moverse dentro.

Avanzaron dos semanas desde la última devolución, en la cotidianidad que el confinamiento ciudadano había incorporado a la vida de Don Augusto. La soledad que por tiempo atrás no le fue esquivo se instalaba ahora como inseparable compañera de casa. Una tarde,

cuando cautivado observaba las garzas regresando a sus nidos, cuyo aleteo apreciaba con mayor nitidez, golpearon a la puerta. Se levantó sigiloso para abrir a su único visitante. El mensajero lo aguardaba sonriente.

Los labios del anciano se estiraron igual, al examinar el sobre que no era una devolución, sino por fin la contestación anhelada por años. Agradeció felizmente al muchacho y volvió al viejo sillón donde aún reposaba su huella corporal. Pese a la espera, rasgó el paquete con la serenidad acumulada por meses. Contenía una sola hoja amarillenta y escrita con tinta marrón. Don Augusto la olfateó; era el olor que imaginaba, el cual viajó a su corazón en forma de suspiro. El cuerpo de la carta consistía en tres palabras: “Tumba Número Cincuenta”, y en la firma, solo estaba escrita la letra inicial del único nombre del remitente: M.

Don Augusto sonrió entonces, volviendo la mirada infinita en dirección a su pueblo. Finalmente había llegado la respuesta acerca del lugar donde alojaría su último y eterno sueño.

Cueva de oro

Huber Alexander Córdoba Moreno
ECSAH, Pasto - Colombia

Cuando un ser habita muchas dimensiones a la vez es casi imposible verlo en una sola. La naturaleza pretende la eternidad, pero no procura en ningún momento que alguno de sus individuos la posea. Ahora, un nuevo enemigo nos amenaza, viene de otra densidad luchando como todos por existir; no lo vemos, pero ahí se encuentra, promueve un mundo antiséptico. ¡Quién lo dijera, con lo sucio que se me antoja!, cual semilla de diente de león, pero sin alas, como la garrapata se aprovechó del contacto físico para prosperar.

Amarrado de pies y manos a un envoltorio azul, con una máscara que no le deja respirar, William atraviesa esa puerta blanca, tan limpia, pero que ahora se percibe sucia. “Caso tentativo”, refiere en la orden de alimentación hospitalaria. Recuerda que apenas hace un par de semanas Víctor era un paciente común y corriente con una patología manejable; tocar el picaporte, imaginar la corriente de aire que, producto de esta acción, agita el virus que practicará su caída libre, suspira y da el temible primer paso, tembloroso, con la bandeja en la

mano, intenta no tocar nada a su alrededor. “Muy buenos días”, saluda a Víctor. Se ven a los ojos, sin decir palabra, pero entendiéndolo todo. Acostado en la cama, Víctor se muestra asustado. De repente es el protagonista de una pandemia que, desde fuera, mientras jugaba fútbol con sus amigos, solo eran números: ¿Cuántos infectados, muertos y recuperados? Información impersonal que indudablemente no encierra la sensación que ahora Víctor expresa en esa mirada, confinado a la espera de un resultado.

William, testigo ya de algunos casos positivos y negativos, lo mira un segundo, callado, con algo de ternura y un matiz triste. Ya ha visto morir a varios con esa mirada y salir sonrientes a otros de situaciones similares. “Que disfrute sus alimentos”, le recomienda, lo mira nuevamente y sonríen los dos, sonríen con los ojos como en la actualidad hemos aprendido. William sale de la habitación ya más tranquilo. Le sucede siempre lo mismo cuando entra a una habitación de pacientes con posible coronavirus; entra como a la cueva de un monstruo, pero el monstruo no se ve, se ve al asustado paciente, a la vida expectante del ser humano que recibe un ultimátum, al padre, al hijo, a la abuela, a la sobrina, a la profesional, al estudiante, al jovencito que escuchaba el susurro de la radio promoviendo el autocuidado con base en las estadísticas, pero que juega fútbol sin tapabocas en el barrio, que aprovecha con sus amigos las calles vacías, los días que ahora para muchos parecen festivos. No entienden el aislamiento obligatorio. William reflexiona en todo esto mientras rocía toda su indumentaria con alcohol. Lo veo desatarse cada nudo, ensimismado, callado, pensativo. Ahora fue su turno, mañana será el mío, ya no decimos nada, simplemente esperamos con temor el siguiente día. Miradas como las de Víctor nos motivan a seguir, la cueva no es la habitación, el monstruo no es Víctor.

Desesperanza

Johan Stefan Marulanda Bernal
ECSAH, Bogotá – Colombia

Destellaban los primeros rayos cálidos de la luz del sol, aparecían entre las polisombras agujereadas que servían de paredes y las tejas de zinc que servían como techo, en aquel cambuche hechizo, desbaratado y casi por colapsar, que Carlos había construido como hogar para su esposa y sus tres hijos. Este se encontraba en un lote baldío tomado junto a otras veinte familias más, años atrás.

Otro amanecer más, como cualquier otro para Carlos. Un día más de penumbra, al límite entre la desilusión cotidiana y el abatimiento constante entre sus ganas de seguir viviendo y el hecho de estar enfrascado en la imposibilidad de cambiar su agónica y angustiante realidad, sumergido cual ahogado en un desánimo constante que aplacaba sus fuerzas e inundaba sus pulmones de ríos de pesimismo. No era para menos, desde su fe católica heredada desde niño, Carlos sentía que absolutamente todo el transcurso de su vida era un viacrucis rutinario que lo envolvía en una desmoralización asfixiante.

De repente, por aquellos días, se sumó como un cajón de yunques a su espalda el peso de un caos generalizado por la pandemia que comenzó a colapsar la ciudad, esa ciudad que siempre le había dado la espalda, pero que, sin embargo, Carlos veía con algún anhelo de ilusión y esperanza. A pesar de todo, en el fondo, conservaba el optimismo y creía que era el lugar ideal para sacar la cabeza sumergida en el fango a causa de la violencia en su pueblo. Justamente, la violencia siete años atrás lo desplazó junto con su madre, quien murió un año después de su llegada a la ciudad por un cáncer de pulmón, que agotó su respiración hasta el último segundo, tirada en una fría y sepulcral camilla de hospital.

Ese recuerdo marcó a Carlos, sentía que retumbaba en su cabeza y se sumó al caos generado por la pandemia y al miedo a sentir el dolor y ese ahogo jadeante en sus pulmones ante la imposibilidad de respirar. Si bien eso lo llenaba de miedo, más le aterraba y llenaba su cuerpo de escalofríos pensar en la posibilidad de contagio de su esposa y sus tres hijos y que fueran ellos quienes pudiesen sufrir aquel martirio. Recordar el sufrimiento de su madre le hacía temer más y pensar que no se podía permitir vivir nuevamente ese dolor para él o su familia.

Entre dichos pensamientos y recuerdos, Carlos salió a la puerta de su hogar con la mirada puesta en el firmamento; divisó la ciudad desde la loma; escuchó el sonido de sirenas policiales y ambulancias retumbantes; percibió el aire asfixiante de la angustia generalizada en el entorno, la desmoralización y el abatimiento por la imposibilidad de quedarse en casa. Carlos partía, como todos los días, con su rostro desencajado, su cuerpo cansado, sus pasos desgonzados, tapando su boca con una pañoleta hecha de una camiseta vieja, hacia un nuevo día de la mano de su amiga la desesperanza.

Una historia diferente

Juan Alonso Gaviria Quintero
ECAPMA, Bogotá - Colombia

En medio del dolor, el confinamiento y la distancia no mueren los sentimientos, crecen los recuerdos, y se desvanece la sobriedad ante la posibilidad de consumirse en pedazos, de reflejar esos desgarros que provoca el mantenerte atado a la vida.

-- Sebastián, ya habías sufrido por amor, no entiendo por qué arriesgar los pedazos que quedan de ese roto corazón.

-- Tal vez no lo entiendas, esta historia está escrita de una manera que difícilmente sería rotulada, es un compromiso que parece confuso e incoherente, no lo hay, pero igual ella conoce su idioma.

Aún conservo el aroma de su cabello, quedó luego de un abrazo que me llenó de energía, porque su latido fue sentido adentro y profundo en mi pecho. Y sin su culpa, pues fui yo quien aun sin fuerza para querer, pero débilmente queriendo, se enamoró de esa sonrisa en la madrugada, donde el tiempo sucumbió, al parecer tan poco, entre tantos recuerdos; con sus alas me permitió volar al tomarme en sus labios y sacarme de mi siniestro infierno, el brillo de sus ojos fue como una luz en el firmamento, señal débil que me permitió de nuevo sentir vida. Y con sus palabras me hizo creer que podía mantenerme en la tarea de hacer que cada día fuese algo nuevo, sobre cada momento, rompiendo los esquemas, perdiendo los miedos y alimentado los sentimientos, aunque parezca una locura, es una bella historia donde yo tengo el final y ella fue su comienzo.

No he podido dejar de sentir la euforia de esa vida viciosa de una sociedad que entre tumultos y desorden vivía sin tener una razón,

finalmente creo, ahora todos nos sentimos perdidos, encerrando nuestros momentos.

--¿Y después de todo eso no sientes miedo?

-- Por supuesto. Temo que el tiempo consuma los sentimientos, temo que el silencio borre su voz de mis recuerdos, temo a la oscuridad de las noches sin el brillo de sus ojos, temo a la tristeza de no tener su sonrisa, temo no sentir la fuerza para tomar sus manos, temo saber por qué al ser cobarde fui permisivo en distanciarla, temo que el tiempo se nos agote sin gritar a los cuatro vientos su nombre, entre deseos de una nueva oportunidad.

Pero sin importar tanto miedo, aún conservo la esperanza...

--Con el dolor acumulado, el desamor desbordado, el corazón hecho pedazos, ¿no sería mejor estar solo?

--¿Sabes? Le perdí miedo a la soledad, por eso busco enamorarme, aunque en medio de esta situación, la que te dificulta el contacto físico, puedes tocar el alma y el corazón de quién deseas... Si sabes usar la fuerza de tu espíritu.

Sales a volar con las alas de la imaginación llenas con la fuerza de los recuerdos, sus momentos, para creer en un futuro, iluminas con sonrisas, escondiendo el dolor y los miedos. Si hay amor, por ti y por alguien más, vive enamorado, enamórate, pero sé y haz feliz... Esa es la esperanza de un nuevo día, una nueva vida...

Así escribes, junto a ella, esta historia diferente.

¿Pasará?

Karen Tatiana Hortua Hortua
ECBTI, Chipaque (Cundinamarca) - Colombia

Ella que se mira en el espejo, buscando encontrar resultados lanzando una sonrisa por su ventana, ella que ves cada mañana encontrando la salida sin salir de su casa. Ella es hermosa a pesar de escuchar sus cualidades, por no encontrar una alternativa de poder viajar a la luna sin ser vista por aquel parásito que la busca, ella es invencible porque se esconde dentro de su cabaña; ahí se dice que está la felicidad, el poder y la salida, para no ser vista por un parásito que ronda en las esquinas de ese lugar que habita. Ella no tiene miedo, porque el miedo es lo que quiere el parásito para ganar y obtener su energía. Recorre todos los lugares de su casa, recordando aquella vez que el

amor y la alegría la abrazaban, sin esconder su boca, sus manos. Solo dejando que todo fluya dándose cuenta que, ofendiendo, humillando y burlándose, podría tenerla arrepentida de no haberse enamorado completamente, alegrándose de lo que tiene, y puede ver, sin importar como sean, eso fue lo que ella no vio. Ahora los minutos transcurren, ella llora; no haber dicho una palabra que por más pequeña que fuera, llenaba el corazón de la persona. Los días iban pasando la esperanza de ver esa luz que chocaba con el cuerpo, la naturaleza se topaba con la mente y los pensamientos viajaban hacia la luna. Pero ella entiende que ahora su naturaleza es su mente, la luz es el reflejo de la ventana; para avisar que ya amaneció, sus pensamientos son las ideas que pasan cada vez; recordando el tiempo perdido allí. Sí, esto es paciencia; pero lo que ella sabe es que este tiempo que durará ocultándose del parásito, la hará retomar fuerzas obteniendo más sabiduría, fortaleza en sus músculos y convicción por quien es ahora, podrá ser mejor aprendiendo a analizar los errores, mejorando cada cosa que se proponga hacer bien.

El encierro no es una cárcel, si se colocan las ideas a luchar juntas contra lo que se cree que es imposible. Era el día 21, ella estaba en su casa leyendo, escuchando a Beethoven su música favorita, soñando con poder entrar en aquel libro que leía, que ironía la fantasía ha entrado en ella, ni sabía que podía obtener tanta armonía en el alma. Ella mira su pelo en el espejo, no sabía que tenía un lunar en la oreja, no pensaba que en su cuerpo tenía el universo, como pudo estar tan distraída pensando en lo que dirán, y no había visto que en su cuerpo habitaba la constelación, ella sabe que no está sola, que lo que tanto quería, ahora lo tiene su alma y viajar al universo; siempre estuvo con ella. Ella sabe que ganará contra el parásito, porque aprendió a amar lo mínimo, viendo lo que es ella sin escuchar otra voz. Esta es la batalla, ahora no es el que mata, sino el que se oculta, protege y admira, viajando por el horizonte.

¡Maldita pandemia!

Lina marcela Gómez Posso
ECEDU, El Cerrito - Colombia

Hola, Martin.

Soy Ali y te escribo esto desde mi oscura, fría y tétrica habitación. Usted que me lee tanto, espero pueda comprenderme y ayudarme. Tal vez, quiero que alguien me escuche.

Conversaba yo con mi cortina azul, en serio, ella me habla y, me aconsejó que la matara, pero no, no, no, no.... ¿cómo voy a matar a mi esposa? Si ella es la que me ha aguantado durante estos veinte años. A veces la odio porque no fue capaz de darme un hijo, mentira, mentira. Eso ya lo acepté.

Aunque, a veces la cortina me decía que, si la mataba, yo sería libre, libre de ir a matar a esos chinos que inventaron ese virus, ese maldito virus que me quitó la libertad de cumplir mi gran meta, la meta de volver a viajar en el tiempo. Sabía que esto iba a suceder.

¡Malditos sean esos chinos! Yo sé que fue ese tal Hui Ying. Él me lo decía, me lo decía varias veces. Ese hombre era malo. Estudié con él en la universidad cuando estudiaba yo física y él medicina.

Sé que podré viajar en el tiempo otra vez. Ahora que no puedo salir de este maldito claustro llamado hogar, me siento frustrado por no poder evitar esta pandemia. La cajita del tiempo está en el lugar donde trabajo, al otro lado de la ciudad.

Repito, todo es culpa de Hui Ying. Él me decía que inventaría un virus para matar al menos cien millones de personas, era un loco ese desquiciado.

No sé por qué mis manos están ensangrentadas, la cortina me dijo que no fue mi culpa, que fue un accidente, que fue don cuchillo el que la quería matar, que la quería matar porque ella me decía que yo estaba loco y que era imposible lo que le decía. Gracias por creer en mi palabra, señor cuchillo, debo darle un baño para que pueda obtener su color plateado de nuevo.

La enterré en el patio de la casa, ojalá la vecina de al lado no se haya dado cuenta de nada. Ya no tengo quien me juzgue.

Igual, no me importa. Sólo debo viajar en el tiempo para salvar al mundo.

Llegué acá en el año 2000, a los treinta años de edad, me gustó más el futuro, pero me arrepiento de haberme quedado, pude matar a ese maldito chino antes de mi viaje y no pude regresar al 1970

porque la cortina no me quiso dar las instrucciones de regresar, se puede ir al futuro, pero no volver al pasado. Fui un fracaso.

Me tengo que ir. Mi esposa ha vuelto, está sentada en mi cama. Me dijo que ella ya estaba lista para apoyarme en todo y que me acompañaría hasta el otro lado de la ciudad por la cajita del tiempo, tenga en cuenta algo: Si no vuelvo a escribir es porque me contagié. Si en cinco días no sabe de mí, no olvide el nombre de Hui Ying.

Contagiados

Lisbeth Ibáñez Navarro
ECSAH, Astrea (Cesar) - Colombia

¡Y sucedió lo inesperado!

Cuentan los abuelos que esa noche todo fue muy extraño, se sentían rodeados de un silencio profundo e inusual en el pueblo. No cantaron las cigarras ni salieron las luciérnagas como de costumbre, soplaban un viento helado que calaba los huesos... jamás habían percibido algo igual, todos murmuraban que algo raro estaba por suceder. Llegó el amanecer y con ello una realidad insospechada: las calles en completa soledad y silencio, una a una las puertas de las escuelas se fueron cerrando, las tiendas de barrio poco a poco dejaron de abrir, el supermercado limitaba sus empleados y clientes al igual que otros locales comerciales; en los parques ya no jugaban los niños, los feligreses no iban a la iglesia, las familias no salían de paseo ni tampoco de viaje, quedaron restringidas las visitas a familiares, amigos y personas cercanas, el hospital funcionaba a media marcha y los habitantes eran obligados a permanecer en sus casas. De ese modo dejó de existir el contacto social. No era claro lo que estaba sucediendo, pero debían ser sensatos y, por ende, resguardarse.

Todo transcurrió así por varias semanas, la incertidumbre era colectiva; sin embargo, aquello tan extraño de lo que tanto hablaban los abuelos no parecía ser cierto, hasta el momento nada insólito había ocurrido y todo parecía estar en completa calma.

Con el pasar de los días todos fueron siendo testigos de lo presurosa y cambiante que suele ser la vida... ya los niños no asistían a las escuelas, pero tenían a mamá... ¡la mejor maestra!, los talentos es-

condidos florecieron en medio del aislamiento dejando al descubierto fantásticas obras, los pajaritos se confabulaban para brindar el más dulce y armonioso concierto, los campos reverdecieron, los jardines se vistieron de colores inimaginables dejando ver el rostro más hermoso de la naturaleza, las arduas jornadas de trabajo que limitaban el estar en casa quedaron reducidas a compartir todo el tiempo con la familia, los abuelos se dedicaron a contar a sus nietos esas historias vividas a través de sus experiencias, en el hospital la vida se celebraba con más fervor.

Y finalmente sucedió lo inesperado... los habitantes empezaron a contagiarse de solidaridad, humildad, generosidad, empatía, apego y amor hacia el prójimo, comprendiendo así que la esencia de la vida está en las cosas más simples; donde lo material puede llegar a ser tan irrelevante, que en situaciones impensadas siempre prevalecerán la familia y la hermandad... Aún no saben qué era eso extraordinario que aquella noche silenciosa y fría les anunciaba... ya no quieren ni saberlo; pero son agradecidos con el misterio que jamás les fue revelado, consideran que les permitió convertirse en más humanos y mejores personas. Todavía recuerdan aquel suceso extraño que llegó a inquietarlos y por mucho tiempo se escuchó murmurar entre ellos... ¡y sucedió lo inesperado!

Resistir es la ley del hombre

Luis Gabriel Puerta Martínez
ECSAH, Medellín - Colombia

Juan se sienta junto a Andrés al atardecer, en la banca, cada día de la cuarentena decretada por el gobierno, debido a un tal virus mundial. Los viejos no hacen caso a ningún virus ni a ningún gobierno. Son tercetos. Piensan que nada va a pasar. Además, en un pueblo nadie molesta a dos viejos sentados en una banca.

Andrés, hombre de 74 años, piel morena, bozo delgado, camina siempre agachado, sombrío. Su esposa murió hace 3 años. Sus hijos, ni uno solo queda. Todos están haciendo sus vidas en otros lugares, cumpliendo con sus responsabilidades. Es un viejo que comparte sus historias, anécdotas, alegrías y tristezas con su amigo de toda la vida, sentado junto a él.

Juan, hombre sereno y pacífico, de 75 años, piel morena, tostada por el sol. Vive con una hija que lo cuida, debido a que está impedido para caminar, por el trabajo realizado durante su vida.

Sentados, hablan:

-Háblame, Juan, de resistir- Juan habló:

“Mi papá me enseñó a resistir por la educación, por la unidad, por la vida. Resistí por la educación, porque, al educarme, pude resistir a la violencia. Cuando tenía 11 años me querían hacer partícipe de grupos de violencia. No acepté, porque quien se educa, redime al pueblo, no lo daña con violencia, ni lo somete. Resisto a la violencia. Ser violento es perder. También la educación me enseñó a resistir a la injusticia. De joven, luché contra las injusticias que se cometen; salí a protestar por la justicia; hice pancartas; saqué discursos contra las injusticias sociales, económicas, religiosas, políticas. Luché por la justicia y la verdad. Cuando hubo injusticias, resistí.

Resistí por la unidad, cuando comprendí que ésta se debe conservar pase lo que pase. Que la unidad se debe mantener con Dios, consigo mismo, con los demás, con la naturaleza. Dividir es destruir. Unir es construir. Comprendí que la unidad hace más fuerte a una comunidad, a un pueblo, a una familia. Entendí que quebrantar la unidad es una debilidad. Tengo atadas a mi corazón y a mi mente las palabras de un amigo mío en referencia a la unidad: “cuida toda tu vida la unidad. Nunca la ataques. Nunca la pierdas. Camina en la unidad”.

Y ya ahora resisto por la vida. La vida la tengo como el don máspreciado que poseo. La cuidé; la viví; malgasté momentos, disfruté momentos. Ahora me encuentro aquí con usted, don Andrés, en esta banca hablando hace años de lo mismo, porque no recuerdo qué le he contado. Yo creo que siempre le digo lo mismo. No importa, mi amigo del alma, resista mis achaques de viejo”. Cuando Juan dijo esto, murió.

Juan resiste este relato, porque vive en el recuerdo de Andrés. Cuando alguien vive en el recuerdo, no muere jamás. Resistir es la ley del hombre.

Y Andrés espera a que algún viejo resista la vida para contarle la historia que nunca le contó a Juan.

“Antes de que se cerrara la puerta”

Maxinne María Carmona Marín
ECSAH, Santa Rosa del Cabal (Risaralda) - Colombia

El largo y ancho tubo atravesó su boca, pasó por su tráquea y llegó a los pulmones, donde se quedaría un tiempo para así llenarlos de aire y mantenerlo con vida. Victoria lo observaba a través del cristal; ella, completamente cubierta por materiales que evitarían la penetración del virus a su sistema; él, postrado en la camilla, casi hundido, inconsciente desde hacía dos días, a causa de un virus que se tomó el planeta y que había llegado a joderles la vida a ambos.

Juan era doctor en el hospital principal, Victoria la enfermera en jefe; hacía semanas que todo el personal se preparaba para la oleada de infectados que llegaron a las salas de urgencias, con escasos equipos y protección, pero con la vocación y pasión para hacer su deber y para lo cual eran necesitados en ese momento, salvar vidas.

Esa oleada aún no llegaba, pero la escasa, aunque constante fluidez de pacientes que arribaban al hospital, resultó ser el fin para Juan. Jamás habría imaginado ser quien se encontraría en una de esas camillas que a diario veía.

Una mañana Victoria se despertó de madrugada por la estrepitosa tos de Juan, no había fiebre, ni debilidad, ni dificultad para respirar, pero ambos lo presintieron.

Juan se marchó al hospital para que le hicieran los exámenes pertinentes y así aclararlo de una vez. Lo devolvieron con receta médica y recomendación de guardar reposo en casa. Él prefirió evitar el contacto con su familia y se quedó en la habitación de al lado, que habían acondicionado como oficina. Esa noche ninguno pudo dormir.

Victoria se despertó solo para ver que su marido se encontraba peor. Tenía fiebre alta, se sentía débil, le dolía el pecho y su respiración era cada vez peor. El aislamiento obligatorio y su hija de solo dos años impedían que Victoria pudiese llevarlo a urgencias. Nadie podía ir a recogerlo, ni siquiera una ambulancia. Así que Juan decidió ponerse en pie y, con las pocas fuerzas que le quedaban, conducir hasta el hospital.

Era muy peligroso incluso dar un abrazo, así que solo pudieron decir adiós desde lejos, un “las amo” fue lo último que se escuchó antes de que se cerrara la puerta.

Camino al hospital, Juan llamó a su papá para que le ayudara a estar despierto y consciente. Sentía perder los sentidos, pero su papá estaba al teléfono para ayudarle a recordar el camino. Llegó al hospital y dejó su carro en la entrada de urgencias, cruzó la puerta, fue atendido de inmediato y puesto en aislamiento total. Dos horas más tarde Juan había entrado en estado de coma.

Al día siguiente Victoria se dirigió hacia el hospital, ya todo era inútil, pero ella quería ver su rostro por última vez. Sin un abrazo, un beso o unas últimas palabras, fue como tuvo que despedirse de Juan. Victoria volvió a casa esa misma tarde con un grupo de enfermeros que harían la prueba del virus en ellas. Su hija estaba contagiada.

Licencia para despertar

Nubia Cecilia Prestán Pérez
ECSAH, Turbo (Antioquia) – Colombia

En cierto lugar del mundo hace más de 60 años los cerebros se fueron de vacaciones; con ellos viajaron la sensatez, la responsabilidad, el respeto, la solidaridad, la tolerancia, la honestidad, la libertad e incluso el amor.

Mientras esto ocurría, llegaron el poder, la ambición, la corrupción, la oligarquía política, la mentira, y tomaron posesión del Estado administrativo. Y la conciencia a nadie incomodó. Como era de esperarse, empezó a habitar la miseria acompañada del hambre; de allí, la violencia tomó valor, se vistió de diversas maneras y comenzó a vociferar que había espacio para ella. Entonces agarró almas y armas, voló a las montañas, se hospedó en ciudades, mutó en los pueblos, rodó por las calles y se camufló en cientos de hogares.

En ese ir y venir, algunos cerebros se quedaron dormidos, y otros que nunca duermen se encargaron de tomar decisiones, sacar cuentas, y entre sumas, multiplicaciones y divisiones no hubo restas incluidas.

Un día cualquiera, en un punto del mundo se escapó el rocío de una burbuja que era letal, se transportaba en los estornudos, las manos, el calzado y hasta en el cabello. Así llegó a muchos espacios; se supo su nombre, se vivieron sus consecuencias, pero su origen quedó en entredicho. La realidad es que acabó con millones de vidas; paradójicamente no disparó un misil, tampoco una bala, no liberó una esquirra, no derribó edificios, no quebró ni una sola pata, no robó una moneda. Lo único que hizo fue invadir silenciosamente a la

humanidad, sin distinción de estratos sociales, edades, ni economías, simplemente se alojó en lo más sensible de lo humano: su respiración.

Sin prevención alguna, en ese lugar del mundo donde los cerebros se fueron de vacaciones también brotó el rocío, dejando escueta la realidad de una sociedad explotada por la oligarquía. A su llegada, millones de cerebros se alarmaron, quienes pudieron se resguardaron, otros cumplían con el deber ante el caos; cientos trataron de llamar a la solidaridad, la unión, la esperanza, la tolerancia, la humildad, la alegría, la paciencia, la calma... para así poder espantar al llanto, al hambre, al dolor, al miedo y a la misma muerte.

Pero en ese lugar del mundo, con la llegada del rocío se encendió una luz de esperanza: brotaron recursos, surgieron maneras y existieron posibilidades para una población que desde siempre ha conocido la penumbra. Al parecer, quienes sumaban, multiplicaban y dividían volvieron a sentirse humanos. Floreció la sensibilidad desplazando al orgullo y el egoísmo. La educación colapsó, pero encontró alternativas para hacerse más fuerte; algunas empresas evolucionaron y la distancia se convirtió en verdadera aliada de la vida.

De hecho, los hogares volvieron a encontrarse y desencontrarse al mismo tiempo. No todo es perfecto, pero las familias descubrieron que hacía rato no se miraban, los amigos entendieron que aun sin abrazarse podían compartir. Y... las letras, las palabras, los puntos, las comas, las comillas, los guiones, las exclamaciones, las tildes, celebraron que en cada cerebro despierto podían habitar.

Abismo hacia tu amor

Sebastián Barrera Lobo
ECBTI, Cumaral (Meta) - Colombia

Ella carece de belleza porque Afrodita la despojó de esa virtud, se la quitó por celos, al ver que Rubiano no conseguía enamorarse de ella. Pero ni con eso consiguió apartarlos, Laura sabía que Afrodita estaba tras ellos y entre más trucos hacía para separarlos más ella se empeñaba en amar a Rubiano.

Afrodita desesperada lanza una rara enfermedad que obliga a que los seres humanos no puedan estar juntos, y exclama: ¡Para amar debes alejarte de tu amado! - ¡si lo quieres, aléjate de él, no te acerques, mantente a raya de ese hombre! - si él no me quiere, pues no podrá querer a nadie más.

A lo que Laura contesta – lanzaste esta pandemia a la humanidad solo porque tu capricho ha sido enfrentado, castigas a toda la humanidad. En nombre de nuestro amor te puedo decir: haz un abismo entre Rubiano y yo y te aseguro que buscaré la forma de estar con él.

Tal es así, que esta pandemia obligó a los seres humanos a estar apartados los unos de los otros y confinados. La mayor prueba de amor es alejarte de quien más amas.

Este castigo caprichoso era insoportable. La humanidad todos los días pedía que acabara, Zeus no podía intervenir puesto que Afrodita encontró la forma de dominarlo, ella quería ver como lograba doblegar la voluntad de Laura y Rubiano, lo que no sabía era que estos dos amados juraron estar juntos en el más allá, y así fue, ambos cuerpos se fundieron en uno solo, cuando hicieron el amor, la lujuria y la pasión se combinaron aun sabiendo las consecuencias de su acto, abrazaron la muerte con regocijo y vivieron juntos en el Hades, hasta el fin de los tiempos.

La belleza de Laura no radica en la forma de su cuerpo, sino en lo profundo de su espíritu y corazón, algo que Afrodita jamás comprendió.

Y de pronto todo cambió

Yuri Yoana Luna Muñoz

VISAE – ECEDU, Santander de Quilichao, (Cauca) - Colombia

Y de pronto en nuestro mundo, en nuestro interior y exterior todo cambió, ventaja para algunos, infortunio para otros. Entre tantas transformaciones los días se han ido tornando iguales, desprovistos de la ilusión del tan anhelado fin de semana. Así los días pasan y como en sueño y como en cuento y como en novela y como en mundo infantil, la espera del regreso de esa normalidad se prolonga impredeciblemente.

Y de pronto aquel lugar de donde salíamos corriendo muchas veces, se convierte en el mejor espacio, el espacio más protector y enriquecedor, nuestro hábitat nuestro refugio. Aquello de lo que se adolece, se sanó y se perdió, lo que resultaba inaceptable e incomprendible en el recorrido de la escuela de la vida como la muerte, el olvido, el desamor, la vergüenza entre otros, se convierten en nuestra mejor lección y enseñanza.

Y de pronto aquel llanto de año tras año es el mejor recuerdo, porque en él se van y regresan los seres más queridos enseñándote a evocar alegrías y tristezas en un mar de emociones efímeras llenas de gratitud, entendiendo que la gratitud es la memoria más grata del corazón. Gratitud que te hace entender, que extrañar, añorar, equivocarse, reivindicarse y llorar, es de humanos y que son acciones que no te hacen menos si no más.

Y de pronto todo el invierno que había dentro de muchos se transformó en verano, la oscuridad en luz, el odio en amor, el caos en calma y las lágrimas en sonrisas o viceversa: recorriendo el grandioso camino del autodescubrimiento, empoderando nuestro ser, nuestro hacer y nuestro saber en un camino de luz, en un camino de paz, más allá de todo entendimiento.

Y de pronto ese camino de autodescubrimiento permite reconocer que nada nos fue dado, que todo es ganancia, que no hicimos nada para estar aquí, que lo tenemos todo. Que contamos con el regalo más valioso que es la vida: vida de la cual no se es consciente que perdemos cada noche al cerrar nuestros ojos para descansar y que nos es dada nuevamente al despertar en cada nuevo día. Vida reflejada en la naturaleza que nos rodea, en los árboles, plantas, mares, ríos, bosques, animales, aire, tierra y más.

Y de pronto quisieras despertar de un sueño -que no es un sueño- e ir olvidándolo como habitualmente lo hacemos con cada uno de nuestros sueños y de todas las lecciones que hemos recibido de nosotros mismos y del otro, para reinar nuevamente en el palacio de las nueve letras: la monotonía; creyendo que vivimos la gran vida, que disfrutamos de la vida, en medio de la ignorancia que nos limita y nos da libertad a conveniencia y nos conlleva siempre a buscar afuera, aquello que no sea perdido y que se lleva adentro.

Y de pronto finalmente nos cuestionamos el para qué volver a lo mismo, si la gente no cambia, si nada será igual si no se está dispuesto a desaprender para aprender.

La ausencia traspasa cualquier tapabocas

Vhendi Peña

Repentinamente la vida se transformó en encierro total, repentinamente los pensamientos constantes que nos acompañaban en la cotidianidad ahora solo rebotan por las mismas cuatro paredes, sin ninguna pausa o salvación, sin oportunidad de revivir la sensación libre al caminar por aquellas calles dueñas de recuerdos, esos que se quedaron en baúles empapados de nostalgia antes de que el tiempo se detuviera y nos obligara a mirar hacia dentro de nuestra propia alma y cuerpo, cuando el reencuentro de las historias dolorosas de quienes pierden para siempre a un familiar nos golpea como nunca antes. Los pensamientos no silencian la fragilidad del ser humano. Y si, en esta pausa repentina de la vida muchos no pueden sentarse y ver el tiempo pasar, en esta pausa miles de cuerpos y seres no pueden dejar de luchar y se ven obligados a “vivir “aun cuando la pobreza y el hambre no son vida, pero el riesgo de nunca regresar y enfermar debe guardarse bajo la almohada y es que al final la ausencia traspasa cualquier tapabocas.



El último respiro para atravesar la tela antes de empezar el pasar de las horas, antes de salir a la gran ciudad. Un respiro que te hace sentir libre, sin agitación, sin prisas, solo dejándote ser porqué al cruzar la puerta todo cambiará.



Cada día al despertar veo a Patrick reposado en las ventanas, observando detenidamente las calles y el inmenso cielo, siempre en silencio. Después de un rato me mira y pregunta ¿Tía por qué no podemos salir a jugar?



Entre tanta soledad Pomponio se encuentra igual que todos nosotros, recostado, sintiendo el pasar del tiempo, de las horas, viendo cómo se deshacen una tras otra como las luciérnagas. Para él el tiempo importa poco, para mí se mide en eternidades.



Algunas tardes pienso cuánto puedes aprender del amor; cuando este se conserva aún más allá de la distancia, cuando las visitas, los besos, los abrazos y la voz se convirtieron en una videollamada que me hace sentir tan cerca y a la vez tan lejos de ti. Y ahí logro entender lo que el amor en verdad puede resistir.



Al salir de mi hogar me encuentro en cada calle, en cada metal y cristal el grito desgarrador del miedo, uno que amenaza y a la vez promete. Pero mientras quien nos conduce está aislado, más allá de estas cadenas y de tantas puertas todos estamos expuestos y es que la rutina nos ata más que cualquier cadena.



Termino de leer los libros que alguna vez deje a medias, esos que iban de a pedazos cada cierto mes y es que los días no paran de correr, y entre todos estos días algunos logran sofocarme, tanto que me agota la rutina de releer el libro que me hace sentir menos sola.



Se termina el día y se me terminan las excusas para dejar de pensar, los pensamientos vuelven a rebotar entre mis cuatro paredes. Al salir y escuchar el mundo girando alrededor mío puedo escapar de mí, pero no de la imagen solitaria y desolada de cada ser humano que vi e imaginé.

Sin Título

Valenitna García









